

pudiese creer, á vos ni á cuantos en este mundo que bien le quieren no daría ventaja de lo que por su muerte se debía mostrar y hacer; así que, lo que haceis es sin ningún provecho, é podría mucho daño acarrear, pues que con ello muy presto se podría descubrir lo que tan encelado tenemos.» Oriana, oyendo esto, le dijo: «Deso ya poco cuidado tengo; que agora tarde ó ahína no puede tardar de ser á todos manifesto, aunque yo pune de lo encubrir; que quien vivir no desea, ningún peligro temer puede, aunque le viniere.» En esto que ois estuvieron todo aquel día, diciendo la doncella de Denamarca á todos cómo Oriana no se osaba apartar de Mabilia porque se no matase: tan grande cuita era la suya; mas la noche venida, con mas fatiga la pasaron, que Oriana se amorteció muchas veces; tanto, que nunca al alba la pensaron llegar: tanto era el pensamiento é cuita que en el corazón tenía. Pues otro día, á la hora que los manteles al Rey querían poner, entró Bramdoibas por la puerta del palacio llevando á Grindalaya por la mano, como á aquella que afición tenía; que mucho placer á los que lo conocían dió, porque gran pieza de tiempo había pasado que dél ningunas nuevas sopieran, é ambos fincaron los hinojos ante él. El Rey, que lo mucho preciaba, dijo así: «Bramdoibas, seais muy bien venido; ¿cómo tardastes tanto, que mucho os hemos deseado?» A la razón que el Rey decía, respondió é dijo: «Señor, fui metido en tan gran prisión, donde no pudiera salir en ninguna guisa, sino por el muy buen caballero Amadís de Gaula, que por su cortesía sacó á mí é á esta dueña é á otros muchos; haciendo tanto en armas cual otro ninguno hacer pudiera, é hobiéralo muerto por el mayor engaño que nunca se vió el traidor de Arcalaus; pero fué acorrido de dos doncellas, que no lo debieran amar poco.» El Rey cuando esto oyó levantóse presto de la mesa. é dijo: «Amigo, por la fe que á Dios debeis é á mí, que me digais si es vivo Amadís. — Por esa fe, Señor, que decis, digo que es verdad que le dejé vivo é sano aun no há diez días; mas ¿por qué lo preguntáis? — Porque nos vino á decir anoche Arcalaus que lo matara,» dijo el Rey; é contóle por cuál guisa lo había contado. «¡Ay Santa María! dijo Bramdoibas, ¿qué mal traidor! Pues peor se le paró el pleito que él cuidaba.» Entonces contó al Rey cuanto les aconteciera con Arcalaus, que nada faltó, como ya lo habeis oído ante desto. El Rey é todos los de su casa cuando lo oyeron fueron tan alegres, que mas no lo podían ser, é mandó que llevasen á la Reina á Grindalaya y le contase nuevas de su caballero; la cual, así della como de todas las otras, fué con mucho amor é gran alegría recibida por las buenas nuevas que les dijo. La doncella de Denamarca, que las oyó, fué cuanto mas pudo á las decir á su señora, que de muerta á viva la tornaron; é mandóle que fuese á la Reina y les enviase la dueña, porque Mabilia la quería hablar, é luego lo hizo, que Grindalaya se fué á la cámara de Oriana é díjoles todas las buenas nuevas que traía; y ellas le hicieron mucha honra, é no quisieron que en otra parte comiese sino á su mesa, por tener lugar de saber mas por extenso aquello que tan gran alegría á sus corazones, que tan tristes habían estado, les daba; mas cuando Grindalaya les venía á contar por donde

Amadís había entrado en la cárcel, é cómo matara á los hombres carceleros, é la sacara á ella de donde tan cuitada estaba, é la batalla que con Arcalaus hobiera, é todo lo otro que pasara, á gran piedad hacia sus ánimos mover.

Así como ois estaban en su comer, tornada la su gran tristeza en mucha alegría. Grindalaya se despidió dellas é tornóse donde la Reina estaba, é falló allí al rey Arban de Norgales, que mucho la amaba, que la andaba á buscar, sabiendo que allí era venida. El placer que ambos hobieron no se vos podría contar. Allí fué acordado entre ellos que ella quedase con la Reina, pues que non fallaría en ninguna parte otra casa que tan honrada fuese, é Arban de Norgales dijo á la Reina cómo aquella dueña era hija del rey Android de Serolis, y que todo el mal que recibiera había sido á su causa dél; que le pedía por merced la tomase consigo, pues ella quería ser suya. Cuando la Reina esto oyó, mucho le plugo de en su compañía la recibir, así por las buenas nuevas que de Amadís de Gaula trujera, como por ser persona de tan alto lugar; é tomándola por la mano, como á hija de quien era, la hizo seer ante sí, demandándole perdon si no la había tanto honrado, que la causa dello fuera no la conocier. También supo la Reina cómo esta Grindalaya tenía una hermana, muy hermosa doncella, que Aldeva había nombre, que en casa del duque de Bristoya se había criado, é mandó la Reina que luego gela trajesen, para que en su casa viviese, porque la deseaba mucho ver. Esta Aldeva fué la amiga de don Galaor, aquella por quien él recibió muchos enojos del enano que ya oistes decir. Así como ois estaba el rey Lisuarte é toda su corte mucho alegres, é con deseo de ver á Amadís, que tan gran sobresalto les pusieron aquellas malas nuevas que dél les habían dicho; de los cuales dejará la historia de hablar, é contará de don Galaor, que há mucho que dél no se dijo ni hizo memoria.

CAPITULO XXI.

Cómo don Galaor llegó á un monesterio muy llagado, y estuvo allí quince días, en fin de los cuales fué sano; é lo que despues le sucedió.

Don Galaor estuvo quince días llagado en el monesterio donde la doncella que él sacara de prisión lo llevó, en cabo de los cuales, siendo en disposición de tomar armas, se partió de allí é anduvo por un camino donde la ventura lo guiaba, que su voluntad no era de ir mas á un cabo que á otro, é á la hora de mediodía hallóse en un valle donde había una fuente, é falló cabe ella un caballero armado, mas no tenía caballo ni otra ninguna bestia, de que fué maravillado, é díjole: «Señor caballero, ¿cómo venistes aquí á pie?» El caballero de la fuente le respondió: «Señor, yo iba por esta floresta á un mi castillo, é fallé unos hombres que me mataron el caballo, é hobe de venir aquí á pie muy cansado, é así habré de tornar al castillo, que no saben de mí. — No tornaréis, dijo don Galaor, sino cabalgando en aquel palafren de mi escudero. — Muchas mercedes, dijo él; pero antes que nos vayamos quiero que sepais la gran virtud desta fuente, que no hay en el mundo tan fuerte ponzoña que contra esta agua fuerza tenga. — E

muchas veces acaece beber aquí algunas bestias emponzoñadas é luego revientan; así que, todas las personas desta comarca vienen aquí á guarecer de sus enfermedades. — Cierto, dijo don Galaor, maravilla es lo que decis, é yo quiero beber de tal agua. — E ¿quién haría ende al? dijo el caballero de la fuente; que siendo en otra parte, la debriades buscar. — Entonces descabalgó Galaor é dijo á su escudero: «Desciende y bebamos.» El escudero lo hizo, é acostó las armas á un árbol. El caballero de la fuente dijo: «Id vos á beber, que yo terné el caballo.» El fué á la fuente por beber, y en tanto que bebían enlazó el yelmo, é tomó el escudo é lanza de don Galaor, é cabalgando en el caballo, le dijo: «Don caballero, yo me voy, y quedad aquí vos fasta que á otro engañeis.» Galaor, que bebía, alzó el rostro, é vió cómo el caballero se iba, é dijo: «Cierto, caballero, no solamente me fecistes engaño, mas gran deslealtad, y eso vos probaré yo si me aguardais. — Eso quede, dijo el caballero, para cuando tengais otro caballo é otras armas con que os combatais.» E dando de las espuelas al caballo, se fué su vía.

Galaor quedó con gran saña, y en cabo de una pieza que estuvo pensando, cabalgó en el palafren en que las armas le traían, é fuése por la vía que el caballero fué; y llegando donde el camino en dos partes se apartaba, estuvo allí un poco, que no sabía por dónde fuese, é vió por el un camino venir una doncella á gran priesa encima de un palafren, é atendióla fasta que llegase donde él estaba, é llegando, dijo: «Doncella, ¿por ventura vistes un caballero que va encima de un caballo hayo, é lleva un escudo blanco é una flor bermeja? — Y ¿qué lo queréis vos?» dijo la doncella. Galaor le respondió é dijo: «Aquellas armas é caballo que son mías, y querriades cobrar si pudiese, pues tan vilmente me las tomó. — ¿Cómo os las tomó?» dijo la doncella. El gelo contó todo como aviniera. «Pues ¿qué le fariades así desarmado? dijo ella; que, segun creo, él no vos las tomó para las tornar. — No querria, dijo Galaor, sino juntarme con él. — Pues si me otorgais un don, dijo ella, yo vos juntaré con él.» Galaor, que mucho deseaba hablar al caballero, otorgólelo. «Agora me seguid,» dijo ella; é volviendo por do viniera, fué por el camino, é Galaor en pos della; pero la doncella fué una pieza delante, que el palafren de Galaor no andaba tanto, porque llevaba á él é á su escudero, é anduvo bien tres leguas que no la vió, é pasando una arboleda de espesos árboles, vió la doncella que contra él venía; é Galaor se fué á ella; mas la doncella andaba con engaño, que el caballero era su amigo, é fuéle decir cómo llevaba á Galaor; que le tomase las otras armas que llevaba. El se metió en una tienda así armado como estaba, é dijo á la doncella que allí gelo llevase, que sin peligro lo podría matar ó escarnecer. Pues yendo así como ois, llegaron á la tienda, é la doncella dijo: «Allí está el caballero que demandais.» Galaor descabalgó é fué para allá; mas el otro, que á la puerta estaba, dijo: «No fecistes acá buena venida, que habréis á dar esas otras armas ó seréis muerto. — Cierto, dijo don Galaor, de tan desleal caballero como vos no me temo nada; y el caballero alzó la espada por lo herir, é Galaor se guardó del golpe, que siendo muy ligero é de gran esfuerzo,

tuvo para ello tiento, y perdiendo el otro el golpe, que fué en vacío, dióle por cima del yelmo tan dura ferida, que los hinojos hincó en tierra, é así tomóle por el yelmo, é tiró tan recio, que gelo arrancó de la cabeza é fizolo caer tendido. El caballero dió muy grandes voces á su amiga que lo socorriese, y ella, que lo oyó, vino cuanto pudo á la tienda, diciendo á grandes voces: «Estad quedo, caballero; que este es el don que os demandé; pero Galaor lo había ferido con la saña que tenía de tal guisa, que no hobo menester maestro. Cuando la doncella lo vió muerto dijo: «¡Ay cativa! que mucho tardé; é cuidando engañar á otro, engañé á mí.» Desi dijo contra Galaor: «¡Ay caballero! de mala muerte seais muerto; que matastes la cosa que en el mundo mas amaba; mas tú morirás por él; que el don que me prometiste te lo demandaré en parte donde no podrás de la muerte fuir, aunque mas fuerza tengas; é si no me lo das, por todas partes serás de mí apregonado é aviltado.» Galaor le respondió é dijo: «Si yo cuidara que vos tanto había de pesar no lo matara, aunque bien lo merecía, é debiéradeslo antes acorrer. — Yo fice el yerro, dijo ella, é yo lo emendaré, que haré dar tu vida por la suya.» Galaor cabalgó en su caballo, y el escudero tomó las armas é partióse de allí; é siendo alongado cuanto una legua, volvió la cara á la mano diestra, é vió cómo la doncella venía tras él, é como á él llegó, díjole: «Señora doncella, ¿dónde quereis ir? — Con vos, dijo ella, fasta llegar donde me deis el don que prometido me teneis, é vos faga morir de mala muerte. — Mejor sería, dijo don Galaor, tomar de mí otra emienda, cual vos mas quisiédes, que no esa que decis. — Otra emienda, dijo ella, no habrá sino dar vuestra alma por la suya, ó quedar por traidor é falso.» Así se fué Galaor su camino, é la doncella con él, que nunca al facia sino denostarle; y en cabo de tres días entraron en una floresta que Angaduzaba había nombre.

El autor aquí deja de hablar desto, para lo contar en su lugar, é torna á Amadís, que partido de las doncellas de Urganda, como os ya contamos, anduvo fasta medio día, é saliendo de una floresta por donde caminaba, fallóse en un llano, en que vió una hermosa fortaleza, é vio ir por el llano una carreta, la mayor é mas fermosa que nunca vió, y llevábanla doce palafrenes, é iba cubierta por cima de un jamete bermejo; así que, se no podía ver nada de lo que dentro era. Esta carreta era guardada de ocho caballeros armados de todas cuatro partes. Amadís, como la vió, fué contra ella con gana de saber qué fuese aquello, y llegando á ella, salió á él un caballero, que le dijo: «Tiradvos afuera, señor caballero, é no seais osado á llegar. — Yo no llevo por mal, dijo Amadís. — Como quiera que sea, dijo el otro, no vos trabajeis dello; que no sois tal que debais ver lo que ahí va; é si en ello porfiades, costaros ha la vida, que os habeis de combatir con nosotros; é aquí hay tales que con su sola persona os lo defenderían, cuanto mas todos de consuno. — No sé nada de su bondad, mas todavía, si puedo, veré lo que en la carreta va.» Entonces tomó sus armas, é los dos caballeros que delante venían fueron para él, y él á ellos. El uno lo hirió en el escudo de guisa que quebró su lanza, y el otro falleció de su golpe. Amadís derribó al que lo encontró sin detención

ninguna, é tornando al otro que por él había pasado, lo encontró tan fuertemente, que dió con él é con el caballo en el suelo, y queriendo ir contra la carreta, vinieron otros dos caballeros contra él, al mas correr de los caballos, é fué para ellos, é firió al uno tan fuertemente, que le no sirvió armadura que trujese, é dió al otro por cima del yelmo con la espada tal golpe, que le hizo abrazar al cuello del caballo, que ningún sentido le quedó.

Quando los cuatro vieron á sus compañeros vencidos de un solo caballero, mucho fueron espantados en ver cosa tan extraña, é movieron de consuno é con gran ira contra Amadís por lo herir, pero antes que ellos llegasen había derribado al otro en tierra, y ellos lo hirieron de tal manera, los unos en el escudo, é los otros fallascieron de los encuentros; mas al que delante venia fué Amadís por lo herir de la espada, y el otro llegó tan recio, que se encontraron con los escudos é los yelmos tan fuertemente, que el caballero cayó del caballo muy desacordado, que de sí parte ninguna no sabia; é los tres caballeros tornaron sobre él é diéronle grandes golpes, é al uno de los que la lanza traía soltó Amadís la espada de la mano, é trabó della tan recio, que gela llevó de las manos, é fué dar con ella al uno dellos tal golpe en la garganta, que el fiero y el fuste salió al pescuezo, é dió con él en tierra muerto; é luego se dejó correr cuanto mas pudo á los dos, é firió al uno en el yelmo tan duramente de toda su fuerza, que gelo derribó de la cabeza, é Amadís le vió el rostro, que era muy viejo, é hobo dél duelo, é dijo: «Cierto, señor caballero, ya debíades dejar esto en que andais; que si fasta aquí no ganastes honra, de aquí adelante la edad vos excusa de ganarla.» El caballero le dijo: «Amigo, señor, ante es al contrario; que á los mancebos conviene de ganar honra y prez, é á los viejos de la sostener en cuanto pudieren. Oidas por Amadís las razones del viejo, le dijo: «Yo tengo por mejor lo que vos, caballero, decis, que lo que yo dije.»

Ellos en estas razones estando, alzó Amadís la cabeza, é vió cómo el otro caballero que quedaba iba al andar de su caballo huyendo contra el castillo, é vió los otros que se pudieron levantar andar en pos de sus caballos, é fuése á la carreta, é alzando el jamete, metió la cabeza dentro, é vió un monumento de piedra mármol, y en la cobertura de suso ser una imagen de rey con corona en la cabeza, y de paños reales vestido, y tenia la corona hendida hasta la cabeza, é la cabeza hasta el pescuezo; é vió una dueña ser en un lecho, é una niña cabe ella, é parecióle tan hermosa, mas que otra ninguna de cuantas había visto de sus días; é dijo á la dueña: «Señora, ¿por qué tiene esa figura así el rostro partido?» La dueña lo miró, é vió que no era de su compañía, é dijole: «¿Qué es eso, caballero? ¿quién vos mandó mirar esto?—Yo, dijo él, que hobe gana de ver lo que aquí andaba?—E los nuestros caballeros, ¿qué hicieron hí? dijo ella. — Ficiéronme mas de mal que de bien,» dijo él. Entonces alzando la dueña el paño, vió á los unos muertos é los otros que andaban tras los caballos, de que muy turbada fué, é dijo: «Ay, caballero, maldita sea la hora en que fuistes nacido, que tales diabluras habeis hecho.» Señora, dijo

él, vuestros caballeros me acometieron; mas si os pluguiere, decidme lo que os pregunto.—Si me Dios ayude, dijo la dueña, ya por mí no lo sabréis, que mal soy de vos escarnida.» Cuando Amadís con tanto enojo la vió, partióse de allí é fuése su via por donde ante iba. Los caballeros de la dueña metieron los muertos en la carreta, y ellos con gran vergüenza cabalgaron é fuéronse contra el castillo.

El Enano preguntó á Amadís qué viera en la carreta. Amadís gelo dijo, é que no pudiera saber nada de la dueña. «Si ella fuera caballero armado, dijo el Enano, ahína os lo dijera.» Amadís se calló é fuése adelante; é cuando una legua anduvo, vió venir en pos de sí el caballero viejo que él derribara, é dábale voces que atendiese. Amadís estovo quedo, y el caballero llegó desarmado, é dijo: «Señor caballero, vengo á vos con mandado de la dueña que en la carreta vistes, que os quiere emendar la descortesía que os dió, é ruégavos que albergueis en el castillo esta noche.—Buen señor, dijo Amadís, yo la vi con tanta pasión por lo que con vosotros me conteció, que mas enojo mi vista que placer le daría. Creed, Señor, dijo el caballero, que la haréis muy alegre con vuestra tornada.» Amadís, que el caballero vió en tal edad que no debía mentir, é la afición con que gelo rogaba, volvióse con él hablando, preguntándole si sabia por qué la figura de piedra tenia así la cabeza partida, pero él no gelo quiso decir; mas llegando cerca del castillo, dijo que se queria adelantar porque la dueña sopiese su venida. Amadís anduvo mas despacio y llegó á la puerta, sobre la cual estaba una torre, é vió á una finiestra della la dueña é la niña hermosa, é la dueña dijo: «Entrad, señor caballero; que mucho os gradecemos vuestra venida.—Señora, dijo él, muy contento soy yo en os dar ante placer que enojo.» Y entró en el castillo, é yendo adelante, oyó una gran vuelta de gente en un palacio, é luego salieron dél caballeros armados é otra gente de pié, é venian diciendo: «Estad, caballero, y sed preso; si no, muerto sois.—Cierto, dijo él, en prision de tan engañosa gente yo no entrare á mi grado.» Entonces enlazó el yelmo, é no pudo tomar el escudo, con la priesa que le dieron, é comenzáronle á herir por todas partes; pero él en cuanto el caballo le turó defendióse muy bravamente, derribando ante sus piés los que á derecho golpe alcanzaba; é como se vió muy ahincado, por ser la gente mucha, fuése yendo contra un cobertizo que en el corral estaba; é allí metido, hacia maravillas en se defender; é vió cómo prendieron al Enano é á Gandalin, é cobró mas corazon que ante tenia para se defender; pero como la gente mucha fuese, y le herian por todas partes de tantos golpes, que á las veces le facian hincar los hinojos en tierra, no pudiera ya por ninguna cosa escapar de ser muerto; que á prision no le tomaran, porque él había muerto de los contrarios seis dellos, é otros que eran mal heridos; mas Dios é la su gran lealtad le socorrieron muy bien en esta guisa, que la niña hermosa, que la batalla miraba, y le viera hacer cosas tan extrañas, hobo dél gran piedad, é llamando á una su doncella, dijo: «Amiga, á tan gran piedad me ha movido la gran valentía de aquel caballero, que mas querria que toda esta nuestra gente muriese que él so-

lo, y venid conmigo.—Señora, dijo la doncella, ¿qué quereis hacer?—Soltar los mis leones, dijo ella, que maten aquellos que en tal estrecho tienen al mejor caballero del mundo; é yo vos mando como á mi vasalla que los solteis, pues que otro ninguno, si vos no, lo podria hacer, que no han de otro conocimiento, é yo vos sacaré de culpa.» E tornóse para la dueña. La doncella fué á soltar los leones, que eran dos é muy bravos, metidos en una cadena, é salieron al corral, y ella dando voces que se guardasen dellos, diciendo que ellos se habian soltado; mas antes que la gente huir pudiese, á los que alcanzar pudieron los ficieron piezas entre sus agudas é fuertes uñas. Amadís, que la gente vió que fuian al muro é á las torres, y quedaba dellos libre en tanto que los fuertes leones se empachaban en los que tenia ante sí, fuése luego lo mas que pudo á la puerta del castillo, é saliendo fuera, cerróla tras sí, de guisa que los leones quedaron dentro, y él se asentó en una piedra muy cansado, como aquel que había bien guerreado, su espada desnuda en la mano, de la cual quebrara fasta el un tercio della. Los leones andaban por el corral á una é á otra parte, é acudían á la puerta por salir; la gente del castillo no osaban bajar, ni la doncella que los guardaba, que ellos eran tan encarnizados é sañudos, que á ninguno obediencia tenían. Así que, los que estaban dentro no sabian qué hacer, é acordaron que la dueña rogase al caballero que abriese la puerta, creyendo que antes por ella, por ser mujer, que por otro alguno, lo haria; pero ella, considerando la grande y mala desmesura que le habían fecho, no se atrevió á le pedir cosa por merced; mas no esperando otro ningún remedio, púsose á la finiestra é dijo: «Señor caballero, como quiera que os hayamos muy malamente errado sin tener conocimiento, venza vuestra humilde cortesía contra nuestra culpa, é sí á vos pluguiere, abrid la puerta á los leones, porque saliendo ellos fuera, nosotros quedarémos sin temor libres de peligro, é juntamente con esto, se vos fará toda aquella emienda que pertenezca hacerse del yerro que vos hecimos é cometimos; aunque vos quiero tambien decir que mi intencion é voluntad no fué sino por teneros en fuertes cárceles preso.» El respondió con muy manso hablar: «Eso, dueña, no había de ser por tal guisa como lo fecistes; que de grado fuera yo vuestro, así como soy de todas las dueñas é doncellas que mi servicio han menester.—Pues Señor, dijo ella, ¿no abriréis la puerta?—No, si Dios me ayude, dijo Amadís, ni de mí habréis esta cortesía.» La dueña se tiró llorando de la finiestra; la niña hermosa le dijo: «Señor caballero, aquí hay tales que no tienen culpa en el mal que recibistes, antes merecen gracias por lo que vos no sabeis.» Amadís se aficionó mucho della, é dijo: «Amiga hermosa, ¿quereis vos que abra la puerta?—Mucho vos lo agradeceré,» dijo ella. Amadís íbala á abrir, é la niña dijo: «Señor caballero, atended un poco, é yo diré á la dueña que os faga atregar destos que acá son.» Amadís la preció mucho é túvola por discreta. Pues la dueña aseguró é dijo que daría luego á Gandalin y el Enano; y el caballero viejo que ya oistes, dijo á Amadís que tomase un escudo é una maza, porque con ello podria matar los leones al salir de la puerta. «Eso quiero yo, dijo Amadís, para otra

cosa, é Dios no me ayude si yo mal ficiere á quien tan bien me ayudó.—Cierto, Señor, dijo el caballero, bien cataréis lealtad á los hombres, pues que así la tenéis á las bestias fieras.» Entonces le lanzaron la maza y el escudo, é Amadís metió en la vaina lo que de la espada le quedara, y embrazó el escudo, é con la maza en la mano fué abrir la puerta. Los leones, como la sintieron abrir, acudieron allí é salieron muy recios al campo. E Amadís quedó acostado á la una parte y entróse en el castillo, é luego la dueña y toda la otra gente bajaron de lo alto y se vinieron á él, y él fué para ellos, é todos lo recibieron muy bien y le trajeron á Gandalin é al Enano. Amadís dijo á la dueña: «Señora, yo perdí aquí mi caballo, si por él me mandais dar otro; si no, irme he á pié.—Señor, dijo la dueña, desarmados vos é holgaréis aquí esta noche, pues es tarde, que caballo habréis; que muy desafortado seria ir á pié á tal caballero.» Amadís lo tuvo por bien, é luego fué desarmado en una cámara, é diéronle un manto que cobriese, y lleváronlo á las finiestras donde la dueña é la niña lo atendían; mas cuando así lo vieron, fueron mucho maravilladas de su gran fermosura, é siendo en edad tan tierna, hacer cosas tan extrañas en armas. Amadís miraba á la niña, que le parecía muy hermosa á maravilla, é dijo á la dueña: «Decidme, Señora, si os pluguiere, por qué la figura que en la carreta vi había la cabeza partida.—Caballero, dijo ella, si otorgais de hacer en ello lo que debeis, decíroslo he; si no, dejarme he dello.—Dueña, dijo él, no es razon que se otorgue de hacer lo que hombre no sabe; pero sabiéndolo, si es cosa que á caballero toque, que con razon tomar se deba, por mí no se dejará.» La dueña dijo que decia muy bien, é mandó apartar de allí todas las dueñas é doncellas é la otra gente, é tomó la niña cabe sí é dijo: «Señor caballero, aquella figura de piedra que vistes se hizo en remembranza de su padre desta hermosa niña, el cual yace metido en el monumento que es en la carreta, que fué rey coronado, y estando en su real silla en una fiesta, llegó allí un hermano suyo, é diciéndole que le no parecería á él menos aquella corona en su cabeza, siendo antramos de un abolorio, é sacando una espada, que debajo de su manto traía, firióle por encima de la corona y hendióle la cabeza, como lo allí vistes figurado; é como de ante toviese aquella traicion pensada, traía consigo muchos caballeros, de manera que muerto el Rey, y dél no quedando otro hijo ni hija, sino esta niña, presto cobró el reino; el cual en su poder tiene. E á la sazón tenia en guarda el caballero viejo que aquí os hizo venir, esta niña, é huyó con ella é trájomela á este castillo, porque es mi sobrina, y despues hobe el cuerpo de su padre, é cada día lo pongo en la carreta é vó con él por el campo, é juré de no le mostrar sino al que por fuerza de armas lo viesse, é aunque lo vea, no le diré la razon dello si no otorgare de vengar tan gran traicion; é si vos, buen caballero, por lo que la razon é virtud vos obliga, quereis en cosa tan justa emplear aquella tan gran valentía y esfuerzo de corazon que Dios en vos puso, teniendo á vos cierto, seguiré mi estilo fasta que halle otros dos caballeros que he menester para que todos tres se combatan con aquel traidor é dos hijos suyos sobre esta causa; que tal

pleito es entre ellos de no se partir de en uno, antes ser de consuno en la batalla si demandada les fuere.—Dueña, dijo Amadís, vos haceis derecho en buscar cómo sea vengada la mayor traición de que nunca oí hablar, é cierto es que la hizo no puede durar mucho sin ser escarnido, que Dios no le querrá sufrir; é si vos pudiédes acabar que ellos viniesen á la batalla uno á uno, con el ayuda de Dios yo la tomara.—Eso no lo harán ellos, dijo la dueña.—Pues ¿qué vos place, dijo él, que yo haga?—Que seais aquí, dijo ella, de hoy en un año, si fuédes vivo y en vuestro libre poder, é para entonces yo terné los dos caballeros, é seréis vos el tercero.—Muy de grado, dijo Amadís, lo faré; é no vos pongais en trabajo de los buscar, que yo cuido de los traer para aquel plazo; é tales, que mantendrán muy bien todo derecho.» Y esto decía él porque creía haber ya fallado para entonces á su hermano don Galaor é Agrájes, su primo, que con ellos bien osaría acometer tan gran hecho. Mucho lo agradecieron la dueña é la niña, diciéndole que procurase de los buscar muy buenos, porque así convenia que fuesen; que tuviese por cierto que aquel mal rey é sus hijos eran de los valientes y esforzados caballeros que en el mundo habia. Amadís les dijo: «Si yo hallase un caballero que demando no me trabajaria mucho por tercero, aunque ellos mas esforzados sean.—Señor, dijo la dueña, ¿de dónde sois, ó dónde os buscarémos?—Dueña, dijo Amadís, soy de casa del rey Lisuarte, é caballero de la reina Brisena, su mujer.—Pues ahora, dijo ella, nos vayamos á comer, que sobre tal concierto buena pro nos fará.»

E luego se entraron en un muy fermoso palacio, donde gelo dieron bien concertado; é cuando fué sazón de dormir llevaron á Amadís á una cámara donde albergase, é solamente quedó con él la doncella que los leones soltara, é dijole: «Señor caballero, aquí hay quien os hizo ayuda, aunque lo no sabeis.—Y ¿qué fué eso? dijo Amadís.—Fué, dijo ella, quitaros de la muerte que bien cerca teniades con los leones, que por mandado de aquella niña hermosa, mi señora, yo solté; habiendo piedad del mal que os hacian.» Amadís se maravilló de la discreción de persona de tan poca edad, é dijo la doncella: «Cierto, yo creo que si vive, habrá en sí dos cosas muy extremadas de las otras, que serán ser muy fermosa é de gran seso.» Amadís dijo: «Cierto, así me parece, é decilde que yo gelo agradezco mucho. é que me tenga por su caballero.—Señor, dijo la doncella, mucho me place de lo que me decis, y ella será muy alegre tanto que de mí lo sepa.» E saliéndose de la cámara, quedó Amadís en su lecho; é Gandalin y el Enano, que en otra cama yacian á los piés de su señor, oyeron bien lo que hablaron, y el Enano, que no sabia la hacienda de su señor é de Oriana, pensó que amaba aquella niña tan fermosa, é porque della se habia pagado, se obligaba por su caballero; así que, este entendimiento no le hiciera menester á Amadís por muy gran cosa, que por él fué sazón de ser llegado á muy cruel muerte, como adelante se contará. Pasada aquella noche, é la mañana venida, levantóse Amadís, é oyó misa con la dueña; desí preguntó cómo habian nombre aquellos con quien se habian de combatir. Ella le dijo: «El padre se llama Abiseos, y el hijo mayor Da-

rasion, é otro Drámis, é todos tres son de gran hecho de armas.—E la tierra, dijo Amadís, ¿cómo ha nombre?—Sobradisa, dijo ella, que comarca con Serolis, é de la otra parte la cerca la mar. Entonces se armó, é cabalgando en un caballo que la dueña le dió, queriéndose despedir, vino la niña hermosa con una rica espada en sus manos, que de su padre fuera, é dijo: «Señor caballero, traed por mi amor esta espada en tanto que os durare, é Dios vos ayude con ella.» Amadís gelo agradeció riendo, é dijo: «Amiga, señora, vos me tened por vuestro caballero para hacer todas las cosas que á vuestra pro é honra sean.» Ella holgó mucho de aquello, é bien lo mostró en el semblante. El Enano, que todo lo miraba, dijo: «Cierto, Señora, no ganastes poco, pues que tal caballero por vos habeis.

CAPÍTULO XXII.

De cómo Amadís se partió del castillo de la dueña, é de lo que le sucedió en el camino.

Amadís se despidió de la dueña é de la niña, y entró en su camino, et anduvo tanto sin aventura hallar, que llegó á la floresta que se llamaba Angaduza. El Enano iba delante, é por el camino que ellos iban venia un caballero é una doncella; é siendo cerca del caballero, puso mano á su espada, é dejóse correr al Enano por le tajar la cabeza. El Enano, con miedo, dejóse caer del rocín, diciendo: «Acorredme, Señor, que me matan.» Amadís, que lo vió, corrió muy ahina é dijo: «¿Qué es eso, señor caballero? ¿Por qué me queréis matar mi enano? No faceis como cortés en meter mano en tan cativa cosa, demás ser mio, é no me lo haber demandado á derecho; no pongais mano en él, que amparar os lo he yo.—De vos lo amparar, dijo el caballero, me pesa; mas todavía conviene que la cabeza le taje.—Antes habréis la batalla,» dijo Amadís; é tomando sus armas, cubiertos de sus escudos, movieron contra sí al mas correr de sus caballos, y encontráronse en los escudos tan fuertemente, que los falsaron, é las lorigas también, é juntáronse los caballos y ellos de los cuerpos é de los yelmos, de tal guisa, que cayeron á sendas partes grandes caidas; pero luego fueron en pié, é comenzaron la batalla de las espadas tan cruel é tan fuerte, que no habia persona que la viese que dello no fuese espantado, é así lo era el uno del otro, que nunca fasta allí hallaron quien en tan gran estrecho sus vidas pusiese.

Así anduvieron, hiriéndose de muy grandes y esquivos golpes una gran pieza del día; tanto, que sus escudos eran rajados é cortados por muchas partes; é asimismo lo eran los arneses, en que ya muy poca defensa en ellos habia, é las espadas tenían mucho lugar de llegar á menudo é con daño de sus carnes, pues los yelmos no quedaban sin ser cortados é abollados á todas partes; é siendo muy cansados, tiráronse afuera, é dijo el caballero á Amadís: «Caballero, no sufrais mas de afan por este enano, é dejadme hacer del lo que quiero, é despues yo os lo emendaré.—No fableis en eso, dijo Amadís; aquel enano amparar os lo he yo en todas guisas.—Pues cierto, dijo el caballero, ó yo moriré, ó la su cabeza habrá aquella doncella que me la pidió.—Yo vos digo, dijo Amadís, que antes será perdida una

de las nuestras.» E tomando su escudo é espada, se tornó á lo ferir con gran saña, porque así sin causa é con tal soberbia queria el caballero matar el Enano, que gelo no merecia; mas si él fué bravo, no falló flaco al otro, antes se vino á él con gran denuedo, é diéronse muy fuertes golpes, punando cada uno de facer conocer á otro su esfuerzo é valentía; así que, ya no se esperaba de sí sino la muerte; pero que el caballero estaba muy mal trecho, mas no tanto que se no combatiere con gran esfuerzo. Pues estando en esta gran priesa que ois, llegó acaso un caballero todo armado donde la doncella estaba, é como la batalla vió, comenizó á santiguar, diciendo que desde nasciera nunca habia visto tan fuerte lid de dos caballeros; é preguntó á la doncella si sabia quién fuesen aquellos caballeros. «Sé, dijo ella; que yo los fice juntar, é no me puedo ende partir sino alegre; que mucho me placiera de cualquiera dellos que muera, é mucho mas de entrambos.—Cierto, doncella, dijo el caballero, no es ese buen deseo ni placer; antes es de rogar á Dios por tan buenos dos hombres; mas decidme por qué los desamais tanto.—Eso vos diré, dijo la doncella: aquel que tiene el escudo mas sano es el hombre del mundo que mas desama Arcalaus, mi tio, é de quien mas desea la muerte, é ha nombre Amadís; y este otro con quien se combate se llama Galaor, é matéme el hombre del mundo que yo mas amaba; é teniame otorgado un don, é yo andaba por gelo pedir donde la muerte le viniese; é como conocé al otro caballero, que es el mejor del mundo, demandé la cabeza de aquel enano. Así que, este Galaor, que muy fuerte caballero es, por me la dar, y el otro por la defender, son llegados á la muerte, de que yo gran gloria é placer recibo.» El caballero, que esto oyó, dijo: «Mal haya mujer que tan gran traición pensó para facer morir los mejores dos caballeros del mundo!» E sacando su espada de la vaina, dióle un golpe tal en el pescuezo, que la cabeza le hizo caer á los piés del palafren, é dijo: «Toma este galardón por tu tio Arcalaus, que en la cruel prision me tuvo, donde me sacó aquel buen caballero.» E fué cuanto el caballo llevarle pudo, dando voces, diciendo: «Estand, señor Amadís; que ese es vuestro hermano don Galaor, el que vos buscais.» Cuando Amadís lo oyó, dejó caer la espada y el escudo en el campo, é fué contra él, diciendo: «¡Ay hermano! buena ventura haya quien nos hizo conocer.» Galaor dijo: «¡Ay cativo malaventurado! ¿Qué he fecho contra mi hermano é mi señor?» E hincándose de hinojos delante, le demandó llorando perdon. Amadís lo alzó é abrazólo, é dijo: «Mi hermano, por bien empleado tengo el peligro que con vos pasé, pues que fué testimonio que yo probase vuestra tan alta proeza é bondad.» Entonce se desenlazaron los yelmos por folgar; que muy necesario les era. El caballero les contó lo que la doncella les dijera, é cómo él la matara. «Buena ventura vos hayais, dijo Galaor; que agora soy quito de su don.—Cierto, Señor, dijo el Enano, mas me place á mí que así seais del don quito, que por la guisa que lo comenzábades; mas mucho me maravillo por qué ella me desamaba, que nunca la vi.» Galaor contó cuanto con ella é con su amigo le aviniera, como ya lo habeis oido; y el caballero les dijo:

«Señores, mal llagados sois; ruégoos que cabalguéis, é nos vamos á un mi castillo, que es aquí cerca, é guareceréis de vuestras feridas.—Dios os dé buena ventura, dijo Amadís, por lo que por nos haceis.—Cierto, Señor, yo por bienaventurado me tengo en vos servir; que vos me sacastes de la mas cruel y esquiva prision en que nunca hombre fué.—¿Dónde fué eso? dijo Amadís.—Señor, dijo él, en el castillo de Arcalaus el encantador; que yo soy uno de los muchos que de allí salieron por vuestra mano.—¿Cómo habeis nombre? dijo Amadís.—Llámanme, dijo él, Balais, é por mi castillo, que Carsante se llama, soy llamado Balais de Carsante; é mucho os ruego, Señor, que os vayais conmigo.» Don Galaor dijo: «Vamos con este caballero, que os tanto ama.—Vamos, hermano, dijo Amadís, pues que os place.» Entonce cabalgaron como mejor pudieron, é llegaron al castillo, donde fallaron caballeros é dueñas é doncellas, que con gran amor los recibieron; é Balais les dijo: «Amigos, védes que traigo toda la flor de la caballería del mundo: el uno es Amadís, aquel que de la dura prision me sacó; el otro su hermano don Galaor, é hallélos en tal punto, que si Dios por su merced no me llevara á aquella vía, muriera el uno dellos, ó por ventura entrambos; servidos é honrados como debeis.» Entonce los tomaron de sus caballos, é los llevaron á una cámara, donde fueron desarmados é puestos en ricos lechos, é allí fueron curados por dos sobrinas de la mujer de Balais, que mucho de aquel menester sabian; mas la dueña, su mujer, fué delante Amadís, é con mucha humildad le agradeció lo que por su marido habia fecho en le sacar de la prision de Arcalaus.

Pues allí estando, como ois, Amadís contó á Galaor cómo habia salido de la casa del rey Lisuarte por le buscar, é que habia prometido de lo llevar allí, é rogóle que con él se fuese, pues que en todo el mundo no habia casa tan honrada ni donde tantos hombres buenos morasen. «Señor hermano, dijo don Galaor, todo lo que os pluguiere tengo yo de seguir é facer, aunque por dicho me tenia de no ser en esa corte conocido fasta que mis obras les dieran testimonio, como en alguna cosa pareciesen á las vuestras, ó morir en la demanda.—Cierto, hermano, dijo Amadís, por eso no lo dejéis; que vuestra gran fama es allá tal, que ya la mia, si alguna es, se va escureciendo.—¡Ay señor! dijo don Galaor, por Dios no digais cosa tan desaguizada; que no solamente con la obra, mas ni con el pensamiento, no podría alcanzar ni llegar á las vuestras grandes fuerzas.—Agora dejemos esto, dijo Amadís, que en lo vuestro é mio de razon, segun la gran bondad de nuestro padre, no debe haber ninguna diferencia.» E luego mandó al su enano que se fuese luego á casa del rey Lisuarte, é besando por él las manos á la Reina, le dijese de su parte cómo habia hallado á Galaor, é tanto que de las llagas fuesen guaridos se partirian para allá. El Enano, cumpliendo el mandado de su señor, se puso en el camino de Vindilisora, donde el Rey á la sazón era con toda su caballería muy acompañado.

CAPITULO XXIII.

Cómo el rey Lisuarte, saliendo á caza, como otras veces solia, vió venir por el camino tres caballeros armados, é de lo que con ellos le acaesció.

Como el rey Lisuarte muy cazador et montero fuese, siendo desocupado de otras cosas que mas á su estado convenian, salia muchas veces á cazar en una floresta que cabe la villa de Vindilisora estaba, que por ser muy guardada, muchos venados é otras animalias brutas habia; é siempre acostumbraba ir en paños de monte, proveyendo á cada cosa con aquello que le convenia. Y estando un dia en sus armadas cerca de un gran camino, vió venir por él tres caballeros armados, y envió á ellos un escudero que les dijese de su parte que se viesesen á él; lo cual por ellos sabido, desviándose del camino, entraron en la floresta á la parte donde el escudero los guiaba; é sabed que estos eran don Galvanes Sin-tierra é Agrájes, su sobrino, é Olivas, que con ellos iba para reutar al duque de Bristoya, é llevaban la doncella consigo que salvaron de la muerte cuando la querian quemar; é cuando cerca del Rey fueron, conoció muy bien á don Galvanes, é dijole: «Don Galvanes, mi buen amigo, seádes muy bien venido.» E fué á abrazar, diciéndole: «Mucho me place con vos.» E así con buen talante recibió á los otros; qu'él era el hombre del mundo que con mas afición é honra recibia los caballeros que á su corte venian. Don Galvanes le dijo: «Señor, veis aquí á Agrájes, mi sobrino, é yo os lo dó por uno de los mejores caballeros del mundo; é si tal no fuese, no le daria á tan alto hombre como vos, á quien tantos buenos é preciados sirven.» El Rey, que ya habia oido loar mucho las cosas de Agrájes, fué muy alegre con él é abrazóle, é dijo: «Cierto, buen amigo, mucho debo agradecer vos esta venida, é á mí tenerme por culpado, sabiendo vuestro gran valor, en no vos haber rogado que lo ficiédes.» El Rey conoció muy bien á Olivas, que era de los de su corte, é dijo: «Amigo Olivas, mucho há que vos no vi. Cierto, tan buen caballero como vos sois no querria que de mí fuese partido.—Señor, dijo él, las cosas que por mí han pasado sin mi voluntad me dieron causa de os no haber visto ni servido; é agora no vengo tan fuera dellas, que me no convenga tomar mucha afrenta é trabajo.» Entonces le contó cómo el duque de Bristoya le matara á su primo, de que el Rey hobo pesar, porque fuera buen caballero, é dijo á Olivas: «Amigo, yo oyo lo que decís; é así me lo decid en mi corte, que darán plazo al Duque que venga á responder; é tomándolos consigo, dejando la caza, se fué con ellos á la villa; é por el camino supo cómo aquella doncella que traian la habian librado de la muerte que por causa de don Galaor le querian dar.

El Rey les dijo cómo Amadís le habia ido á buscar, y el gran sobresalto en que Arcaulus les pusiera, diciendo que lo habia muerto. Agrájes fué mucho maravillado de lo oír, é dijo al Rey: «Señor, ¿sabeis cierto ser vivo Amadís?—Sélo cierto,» dijo. E contóle cómo lo supiera de Bramdoibas é de Grindalaya; «é no lo debéis dudar, pues que yo en mi voluntad estoy satisfecho, que no garría á ninguno ventaja de desear su vida é honra.—Así lo creemos,» dijo Agrájes, que, segun

su gran valor, bien merece del vuestro ser querido é amado con aquella afición que los buenos lo bueno desean.» Llegado el Rey con estos caballeros al su palacio, las nuevas de su venida fueron luego en la casa de la Reina sabidas, de que muchas hobieron placer; mas sobre todas, la hermosa Olinda, amiga de Agrájes, que lo amaba como á sí misma; é despues lo fué Mabilia, su hermana, que, como de su venida supo, salióse á la cámara de la Reina, y encontróse con Olinda, é dijole: «Señora, ¿no os place mucho de la venida de vuestro hermano?—Sí place,» dijo Mabilia; que lo mucho amo.—Pues pedid á la Reina que lo haga venir, é verlo hédes, porque de vuestro placer redundará parte á los que bien vos queremos.» Mabilia se fué á la Reina, é dijole: «Señora, bien será que veais á Agrájes, mi hermano, é á don Galvanes, mi tío, pues que á vuestro servicio vienen, é yo tengo deseo de los ver.—Amiga, dijo la Reina, eso haré yo de grado; que muy alegre esté, y de ver tales dos caballeros en casa del Rey mi señor.» E luego mandó á una doncella que de su parte rogase al Rey que gelos enviase para los ver. La doncella se lo dijo, y el Rey les dijo á ellos: «La Reina os quiere ver; bien será que allá vayais.» Cuando Agrájes lo oyó mucho fué ledo, porque esperaba ver á aquella su señora, á quien él tanto amaba, donde todo su corazon é sus deseos eran.

Tambien le plugo á don Galvanes por ver la Reina é sus dueñas é doncellas, no porque á ninguna de extremo amor amase; así que, fueron luego ante la Reina, que los muy bien acogió, é faciéndolos sentar ante sí, fablaba con ellos en muchas cosas, mostrándoles amor como aquella que sin falta era una de las dueñas del mundo que mas sesudamente hablaba con hombres buenos; por causa de lo cual, muy preciada é amada era, no solamente de aquellos que la conocian, mas aun de los que la nunca vieran, que esta tal preeminencia la humanidad en los grandes tiene, sin que otro gasto en ello pongan mas de lo que la virtud é nobleza á ello les obliga; é á los que al contrario lo hacen al contrario les viene aquello que en las cosas temporales por peor se debe contar, que es ser desamados é aborrecidos.» Olinda se llegó á Mabilia, considerando que Agrájes allí acudiria; mas él, que con la Reina hablaba, no podia partir los ojos de aquella donde su corazon era. La Reina, que pensó que á su hermana Mabilia miraba con deseo de la hablar, dijole: «Buen amigo, id á vuestra hermana, que os tiene mucho deseado.» Agrájes se fué á ella, é recibíéronse con aquel verdadero amor de hermanos que se mucho aman, que pocas veces con el nombre concuerda, é Olinda lo saludó mucho mas con el corazon que con el semblante, retrayendo la razon á la voluntad, que asimismo duramente se puede hacer, si no es en medio la gran discrecion de que esta doncella dotada era.

Agrájes hizo sentar á su hermana entre él é su amiga, porque en tanto que allí estuviese nunca los ojos della apartase; que gran consuelo é descanso su vista le daba. Así estuvo con ellas hablando, mas como el su pensamiento é los ojos en su señora puestos eran, muy poco el juicio entendia de lo que su hermana le fablaba. Así que, no le daba respuesta ni recaudo á sus pre-

guntas. Mabilia, que muy cuerda era, sintiólo luego, conociendo amar su hermano mas que á ella á Olinda, é Olinda á él, segun lo que ante ella le habia dicho, é se haber asentado con ella por razon de la hablar; é como á este hermano como á sí misma amase, pensó que, pues en todo le habia de buscar placer, que mas en aquello que en otra cosa ninguna le podria agradar; é dijole: «Señor hermano, llamad á mi tío; que de grado querria hablarle.» A Agrájes plugo mucho dello, é dijo contra la Reina: «Señor, sea la vuestra merced de nos enviar acá ese caballero para que su sobrina le hable.» La Reina le mandó ir, é Mabilia fué contra él é quisole besar las manos, mas él las tiró á sí é la abrazó, é dijo: «Sobrina, señora, sentémonos, é preguntarvos he cómo os fallais en esta tierra.—Señor, dijo ella, vayámonos á aquella finiestra; que no quiero que mi hermano oya la mi poridad.» E Galvanes dijo riendo: «Cierto, mucho me place, que no es él tal que deba oír tan buena poridad como es la vuestra é la mia.» E fuéronse para la finiestra, é Agrájes quedó con su señora, como él lo deseaba, é viéndose solo con ella, dijo: «Señora, por cumplir lo que me mandades, é porque en otra parte mi corazon reposo no fallaba, soy venido aquí á os servir; que vuestra vista será para mí galardón de las cuitas é mortales deseos que continuo padezco.—Ay amigo, señor! dijo ella, el placer que con vuestra venida mi corazon siente, aquel Señor que todo lo sabe es dello testigo; que siendo vos de mí absente, no podria haber bien ni vicio, aunque todas las cosas del mundo hobiese á mi voluntad. Yo cuido que no venistes á esta tierra sino por mí, é yo debo trabajar de os dar ende el galardón.—Ay señora! dijo Agrájes, todo lo que ficiédes en lo vuestro se face; que esta vida nunca cesará de ser puesta contra todos los del mundo en vuestro servicio, é á todos ellos, teniendo á vos por señora, terná por extraños.—Amigo, señor, dijo ella, vos sois tal, que á todos ellos ganaréis, é á mí, que os nunca falleceré, que si Dios me ayude, mucho soy alegre de cómo vos veo loar á todos aquellos que de vuestras grandes cosas noticia tienen.» Agrájes bajó los ojos con vergüenza de se oír loar, y ella se dejó dello é dijole: «Amigo, pues aquí sois, ¿cómo haréis?—Como vos mandádes, dijo él; que yo no vengo á esta tierra sino por hacer vuestro mandado.—Pues yo quiero, dijo ella, que andeis aquí con vuestro primo Amadís, que yo sé que vos ama de grande amor, é si él vos consejare que seais de la mesnada del Rey, haceldo.—Señora, dijo él, en todo me haceis gran merced; que dejando lo vuestro aparte, no hay cosa en que mas placer yo sienta que en poner mi hacienda en consejo de mi primo.»

Pues así hablando en esto que ois, llamólos la Reina, é fueron los caballeros ambos ante ella, é la Reina conoció bien á don Galvanes del tiempo que fuera infanta, morando en el reino de Denamarca, donde era natural, que así allí como en el reino de Nüruega muchas caballerías él habia hecho, por donde era tenido en reputacion de muy buen caballero. En tanto que la Reina fablaba con don Galvanes, Oriana habló con Agrájes, que mucho lo conocia é lo amaba, así por saber que Amadís lo queria é preciaba, como por se tener

ella por cosa de su padre é madre, que la criaron con mucha honra al tiempo que el rey Lisuarte en su poder la dejó, como vos hemos contado, é dijole: «Mi buen amigo, gran placer nos habeis dado con vuestra venida, especial á vuestra hermana, que tanto lo habia menester; que si supiédes lo que con ella pasé de las nuevas de la muerte de Amadís, vuestro primo, por maravilla lo terniades.—Cierto, Señora, dijo él, con gran razon mi hermana de tal cosa se debía sentir; é no solamente ella, mas todos los que de su linaje somos, pues que él muriendo, moria el principal caudillo de nosotros, y el mejor caballero que nunca escudo echó al cuello ni tomó lanza en la mano; é su muerte fuera vengada ó acompañada de otras muchas.—Mala muerte muera, dijo Oriana, aquel traidor de Arcaulus, que mucho nos supo hacer gran pesar.» Fablando en esto, los llamaron de parte del Rey, é fueron allá, é halláronlo que queria comer, é hízolos sentar á una mesa, donde estaban otros caballeros de gran cuento; é poniendo los manteles, entraron por la puerta del palacio dos caballeros é fincaron los hinojos ante el Rey; é los saludó. El uno dellos dijo: «Señor, ¿es aquí Amadís de Gaula?—No, dijo el Rey, mas mucho nos placiera que lo fuese.—Cierto, Señor, dijo el caballero, é yo mucho seria alegre de lo fallar, como quien por él atiende para cobrar el alegría, de que agora soy muy apartado.—E ¿cómo habeis nombre? dijo el Rey.—Angriote de Estravaus, respondió él, y este otro es mi hermano.» El rey Arban de Norgales, que oyó ser aquel Angriote, levantóse de la mesa é fué á él, que aun de hinojos ante el Rey estaba; levantólo por la mano é dijo: «Señor, ¿conoceis á Angriote?—No, dijo el Rey, que nunca lo vi. Cierto, Señor, pues los que lo conocen le tienen por uno de los mejores caballeros en armas de toda vuestra tierra.» El Rey se levantó é dijole: «Buen amigo, perdonadme si no vos fice la honra que vuestro valor merece; la causa dello fué no os conocer, é pláceme mucho con vos.—Muchas mercedes, dijo Angriote, é así me placiera á mí en vos servir.—Amigo, dijo el Rey, ¿dónde conoceis vos á Amadís?—Señor, yo lo conozco, mas no há mucho; é cuando lo conocí mucho me costó caro, fasta ser llegado al punto de la muerte; mas él, que el daño me hizo, me puso la melecina que para lo ganar mas conveniente era, como aquel que es caballero del mundo de mejor talante.» Entonce contó allí cuanto con él le aviniera, como el cuento lo ha mostrado. El Rey dijo á Arban que llevase consigo á Angriote, y él así lo fizo, é lo sentó á la mesa cabe sí. E habiende ya comido, hablando en muchas cosas, entró Ardian, el enano de Amadís, é Angriote, que lo vió, dijo: «¡Ay Enano! tú seas bien venido; ¿dónde dejas tu señor Amadís, con quien yo te vi?—Señor, dijo el Enano, donde quier que lo dejo mucho vos ama é os precia.» Entonce se fué al Rey, é todos callaron por oír lo que diria, é dijo: «Señor, Amadís se os manda mucho encomendar, é manda saluar á todos sus amigos.» Cuando ellos oyeron las nuevas de Amadís, en gran manera fueron alegres; el Rey dijo: «Enano, si Dios te ayude, dinos dónde dejas á Amadís.—Señor, dijo él, déjole donde queda sano é con salud; é si mandades saber quereis, po-

nedme ante la Reina, é decirlo he.—Ni por eso se dará de las no saber,» dijo el Rey. E mandó venir allí á la Reina, la cual luego vino con hasta quince de sus dueñas é doncellas; é tales hí hobo que bendecian al Enano, porque fuera causa que ellos á sus amigas viesén. El Enano fué ante ella é dijo: «Señora, el vuestro caballero Amadís vos manda besar las manos, y envíaos decir que falló á don Galaor, que él demandaba.—¿Es verdad? dijo la Reina.—Señora, es verdad, dijo el Enano, sin duda; mas en su conocencia hobiera de haber gran desventura si Dios á la sazón no trajera por allí un caballero que Balais se llama.» Entonces les contó todo cuanto aviniera, é cómo Balais matara á la doncella que los habia juntado para que se matasen; de que fué del Rey é de todos muy loado. La Reina dijo al Enano: «Amigo, ¿dónde los dejaste tú?—Yo los dejé en un castillo de aquel Balais.—¿Qué tal te pareció Galaor? dijo la Reina.—Señora, dijo él, es uno de los mas fermosos caballeros del mundo; é si junto con mi señor lo veis, á duro podríades conocer cuál es el uno ó el otro.—Cierto, dijo la Reina, mucho me placiera que ya fuesen aquí.—Tanto que guaridos sean, dijo el Enano, se vernán, é aquí los tengo de atender.» E contóles entonces todo cuanto le aviniera á Amadís en tanto que él le aguardara.

Mucho fueron alegres el Rey é la Reina é los caballeros todos con estas buenas nuevas, mas sobre todos lo fué Agrájes, que no quedaba de preguntar al Enano. El Rey rogó et mandó á los que allí eran que no se partiesen de la corte hasta que Amadís é Galaor viniesen, porque tenia pensado de hacer unas cortes muy honradas; y ellos gelo otorgaron é loaron mucho, é mandó á la Reina que enviase por las mas fermosas doncellas, é de mayor guisa que haber podiese; porque, demás de ser ella bien acompañada por causa dellas, vernian muchos caballeros de gran valor á la servir, á quien él haria mucha honra é grandes partidos é mercedes.

CAPITULO XXIV.

de cómo Amadís é Galaor é Balais se deliberaron partir para el rey Lisuarte, y de las aventuras que ende les avinieron.

Amadís é Galaor estuvieron en casa de Balais de Car-sante hasta que fueron guaridos de sus llagas, é acordaron de se ir á casa del rey Lisuarte antes que en otras aventuras se entremetiesen; é Balais, que de aquella casa mucho deseaba ser, especialmente teniendo conocimiento con estos dos tales caballeros, rogóles que lo llevasen consigo, lo cual de grado le fué por ellos otorgado, et oyendo misa, armáronse todos tres, y entraron en el derecho camino de Vindiliora, donde el Rey era, é anduvieron tanto por él, que en cabo de cinco dias llegaron á una encrucijada de caminos, donde habia un árbol grande, é vieron debajo dél un caballero muerto en un lecho asaz rico, é á los piés tenia un cirio ardiendo, é otro á la cabecera, y eran por guisa fechos, que ningun viento, por grande que fuese, no los podia matar; el caballero muerto estaba todo armado é sin ninguna cosa cubierto, é habia muchos golpes en la cabeza, é tenia metido por la garganta un trozo de lanza con el hierro que al pescuezo le salia, é

ambas las manos en él puestas, como que lo queria sacar. Mucho fueron maravillados de ver el caballero de tal forma, é preguntaran por su hacienda de grado, mas no vieron persona ninguna ni lugar al derredor donde lo sopiesen. Amadís dijo: «No sin gran causa está de tal guisa aquí este caballero muerto, é si tardásemos, no tardaria de venir alguna ventura.» Galaor dijo: «Yo juro por la fe que de caballería tengo, de no partir de aquí hasta saber quién es este caballero, ó por qué fué muerto, é de lo vengar si la razon é justicia me lo otorgaren.» Amadís, que con gran deseo aquel camino hacia, esperando ver á su señora, á quien prometiera desetornar tanto que á don Galaor hallase, pesóle desto, é dijo: «Hermano, mucho me pesa de lo que prometistes, que he recelo de se vos facer aquí gran detención.—Fecho es,» dijo Galaor; é descendiendo del caballo, se asentó cabe el lecho, é los otros dos asimismo; que no lo habian de dejar solo.

Esto seria ya entre nona é visperas; y estando mirando el caballero, é diciendo Amadís que posieran allí las manos porsacar el trozo de la lanza, en tanto que fuelgo tenia, é que Espirando así se le habia quedado, no tardó mucho que vieron venir por uno de los caminos un caballero é dos escuderos; y el uno traía una doncella ante sí en un caballo, y el otro le traía su escudo é yelmo, é la doncella lloraba fuertemente, y el caballero la feria con la lanza en la cabeza, que llevaba en la mano. Así pasaron cabe el lecho donde el caballero muerto yacia; é cuando la doncella vió los tres compañeros dijo: «¡Ay buen caballero, que ende muerto yaces! Si tú vivo fueras, no me consintieras de tal guisa llevar, que primero el tu cuerpo fuera puesto en todo peligro; é mas valiera la muerte desos tres que la tuya sola.» El caballero que la levaba con mas saña la firió de la asta de la lanza; así que, la sangre por el rostro le corria; é pasaron tan presto delante, que era maravilla. «Agora os digo, dijo Amadís, que nunca vi caballero tan villano como este, en querer ferir la doncella de tal guisa; é si Dios quisiere, esta fuerza no dejaré yo pasar.» É dijo: «Galaor, hermano, si yo tardare, id vos á Vindiliora; que yo hí seré, si puedo, é Balais vos fará compañía.» Entonces cabalgando en su caballo, tomó sus armas é dijo á Gandalin: «Vente en pos de mí.» E fuése á mas andar tras el caballero, que ya lueño iba. Galaor é Balais quedaron allí hasta que fué noche cerrada; entonces llegó un caballero que por el camino venia por donde Amadís fuera, é venia gimiendo de una pierna é armado de todas armas, é dijo contra Galaor é Balais: «¿Sabeis vos quién es un caballero que por este camino que vengo va corriendo?—¿Por qué lo preguntais? dijeron ellos.—Porque sea de mala muerte, dijo él; que así va bravo, que parece que todos diablos van con él.—Y ¿qué braveza os hizo? dijo don Galaor.—Porque no me quiso decir, dijo él, dónde tan recio iba, trabéle del freno, é dije que me lo dijese ó se combatiese conmigo; él me dijo con saña que, pues le no dejaba, que mas tardaria en me lo decir que en se librar de mí por batalla; é apartándose de mí, corrimos uno contra otro, é firióme tan duramente, que dió conmigo é con el caballo en tierra, é hizome esta pierna tal como veis.» Ellos comenzaron á reir, é dijo don Galaor: «So-

fríos otra vez mejor en no querer saber hacienda de ninguno contra su grado.—¿Cómo! dijo el caballero, ¿reidesos de mí? Cierto yo faré que seais de peor talante.» E fué donde estaban los caballos, é dió con la espada un gran golpe al de Galaor en el rostro, que le hizo enarmonar é quebrar las riendas é fuir por el campo; y el caballero quiso hacer lo semejante al de Balais, mas él é Galaor tomaron sus lanzas é iban contra él é gelo estorbaron. El caballero se fué diciendo: «Si al otro caballero fice desmesura é la pagué, así lo pagaréis vos en os reir de mí.—No me ayude Dios, dijo Balais, si no dais vuestro caballo por aquel que soltastes. E cabalgó presto, diciendo á don Galaor que otro dia seria allí con él, si ventura no gelo quitase. «Adios vais,» dijo él. Don Galaor quedó solo con el caballero muerto, que á su escudero mandó ir tras el caballo, y estuvo guardando hasta que de la noche pasaron mas de cinco horas. Entonces del sueño vencido, puso su yelmo á la cabecera, y el escudo encima de sí, é adormecióse, é así estuvo una gran pieza; mas cuando recordó no vió lumbre ninguna de los cirios que ante ardian, ni halló el caballero muerto, de que mucho pesar hobo é dijo contra sí: «Cierto, yo no me debia trabajar en lo que los otros hombres buenos, pues que no sé hacer sino dormir, é por ello dejé de cumplir mi promesa; mas yo me daré la pena que mi negligencia merece, que habré de buscar á pié aquello que estando quedo saber sin ningun trabajo pudiera; é pensando cómo podria tomar el rastro de los que allí vinieran, oyó relinchar un caballo, é fuése para allá; é cuando aquella parte llegó donde lo oyera, no falló nada; mas luego tornó á oír algo mas léjos otros caballos, é siguió todavía aquel camino, é cuando anduvo una pieza rompía el alba, é vió ante sí dos caballeros armados, y el uno dellos apeado; y estaba leyendo unas letras que en una piedra eran escritas, é dijo al otro: «En balde me hicieron venir aquí; que esto poco recaudo me parece.» E cabalgando en su caballo, se iban entrambos. Galaor los llamó é dijo: Señores caballeros, ¿saberme híades decir quién llevó un caballero muerto que yacia so el árbol de la encrucijada?—Cierto, dijo el uno dellos, no sabemos al sino que, pasada la media noche, vimos ir tres doncellas é diez escuderos que llevaban unas andas.—Pues ¿contra dónde fueron? dijo Galaor. Ellos le mostraron el camino, é partiéndose dél, él se fué por aquella via, é á poco rato vió contra sí venir una doncella é dijo: «Doncella, ¿por ventura sabeis quién llevó un caballero muerto de so el árbol de la encrucijada?—Si me vos otorgais de vengar su muerte, que fué gran dolor á muchos é á muchas, segun su gran bondad, decirvos lo he.—Yo lo otorgo, dijo él, que, segun en vos parece, justamente se puede esta venganza tomar.—Eso es muy cierto, dijo ella; é agora me seguid é cabalgad en este palafren, é yo á las ancas.» Y ella quisiera que él fuera en la silla; mas por ninguna guisa lo quiso facer; é cabalgando en pos della, fueron por do la doncella guiaba; é siendo alejados cuanto dos leguas de allí, vieron un muy hermoso castillo, é la doncella dijo: «Allí fallarémos lo que demandais.» E llegando á la puerta del castillo, dijo la doncella: «Entrad vos, é yo me iré, é decidme cómo ha-

beis nombre, é dónde vos podré hallar.—Mi nombre, dijo él, es don Galaor, é cuido que en casa del rey Lisuarte, antes que en otra parte, me fallaréis.» Ella se fué, é Galaor entró en el castillo, é vió yacer el caballero muerto en medio del corral, é hacian muy gran duelo sobre él; é llegándose á un caballero viejo de los que ahí estaban, le preguntó quién era el caballero muerto. «Señor, dijo él, era tal, que todo el mundo con mucha razon se debria doler dél.—E ¿cómo habia nombre? dijo Galaor.—Antebon, dijo él, y era natural de Gaula. Galaor hobo mas piedad dél que ante é dijo: «Ruégos que me digais la causa por qué fué muerto.—De grado os lo diré, dijo él. Este caballero vino en esta tierra, é por su bondad fué casado con aquella dueña que sobre él llora, que es señora deste castillo, é hobieron una muy hermosa fija, que fué amada de un caballero que cerca de aquí mora en otra fortaleza; mas ella desamábalo á él mas que á otra cosa, y el caballero muerto acostumbraba de salir muchas veces al árbol de la encrucijada, porque allí siempre acuden muchas aventuras de caballeros andantes, é con deseo de emendar aquellas que contra razon pasasen; en que fizo tanto en armas, que en estas tierras era muy loado; é siendo allí un dia, pasó acaso aquel caballero que á su fija amaba, é pasando por él, se fué al castillo, donde la doncella con esta su madre quedara, que por este corral con otras mujeres jugaba; é tomándola por el brazo, se salió fuera antes que la puerta le pudiese cerrar, é la llevó á su castillo. La doncella no hacia sino llorar, y el caballero le dijo: «Amiga, pues que yo soy caballero é vos mucho amo, ¿por cuál razon no me tomaréis en casamiento, teniendo mas riqueza y estado que vuestro padre?—No, dijo ella, por mi grado; antes terné una jura que á mi madre hice.—Y ¿qué jura es?—Que no casase ni ficiese amor sino con caballero loado en armas, como aquel con quien ella casara, que es mi padre.—Por eso no lo dejaréis; que yo no soy menos esforzado que vuestro padre, é ante de tercero dia lo sabréis.»

Entonces salió armado en su caballo del castillo, é fuése al árbol de la encrucijada, donde á la sazón halló á este caballero apeado de su caballo, é sus armas cabe sí; y llegándose á él sin le hablar, firiólo con la lanza por la garganta, así como veis, ante que él pudiese tomar sus armas, é cayó en tierra, por ser el golpe mortal; y el caballero decendió entonces, é dióle con la espada todos aquellos golpes que veis que tiene, hasta que lo mató.—Si Dios me ayude, dijo Galaor, el caballero fué muerto á gran sinrazon, é todos se debrian dél doler, é agora me decid por qué lo ponen de tal guisa so el árbol de la encrucijada.—Porque pasan por ahí muchos caballeros andantes, y cuéntanles esto que vos yo he dicho, si por ventura viniese hí tal que lo vengase.—Pues ¿por qué lo dejan así solo? dijo Galaor.—Siempre estaban, dijo el caballero, con él cuatro escuderos fasta anoche, que fuyeron dende porque el otro caballero los envió amenazar, é por esto lo trujimos.—MUCHO me pesa, dijo don Galaor, que vos no vi—¿Cómo! dijo el otro, ¿sois vos el que allí durmíades acostado á su yelmo?—Sí, dijo él.—E ¿por qué quedastes hí? dijo el caballero.—Por vengar aquel muerto, si con ra-

zon lo pudiese hacer, dijo don Galaor. —¿Estáis en aquel propósito agora?—Sí, cierto, dijo él. —Ay Señor! dijo el caballero, Dios por su merced os lo deje acabar á vuestra honra.» E tomándolo por la mano, lo llegó al lecho é hizo callar á todos los que el duelo hacian, é dijo contra la dueña: «Señora, este caballero dice que á su poder vengará la muerte de vuestro marido.» Y ella se le cayó á los piés por gelos besar é dijo: «Ay buen caballero! Dios te dé el galardón, que él no ha en esta tierra pariente ni amigo que dello se trabaje, que es de tierra extraña; pero cuando era vivomuchos se le mostraban.» Galaor dijo: «Dueña, por ser él de la tierra que yo soy tengo mas sabor de le vengar; que yo soy natural de donde él era.—Amigo, señor, dijo la dueña, ¿por ventura sois vos el hijo del rey de Gaula, que decia mi señor que era en casa del rey Lisuarte?—Nunca fuí en su casa, dijo él. Mas decidme quién lo mató, é dónde lo podré hallar.—Buen señor, dijo ella, decíroslo he é faceros he allá guiar; mas he gran recelo, segun el peligro, que dudeis de lo cometer, como otros que allá he enviado lo hicieron.—Dueña, dijo él, por eso se extreman los buenos de los malos.» La dueña mandó á dos doncellas que lo guiasen. «Señora, dijo Galaor, yo vengo á pié.» E contóle cómo el caballo perdiera, é dijo: «Mandadme dar en qué vaya.—De grado lo faré, dijo ella, á tal pleito que si lo no vengárdes, que me volvais el caballo.—Yo lo otorgo,» dijo Galaor.

CAPITULO XXV.

Cómo Galaor fué á vengar la muerte del caballero que habian hallado malamente muerto al árbol de la encrucijada.

Diéronle un caballo é fuése con las doncellas, é anduvieron tanto, que llegaron á una floresta é vieron en ella una fortaleza que estaba sobre una peña muy alta; é las doncellas le dijeron: «Señor, allí habeis de vengar al caballero.—Vamos allá, dijo él, y decidme qué nombre ha el que lo mató.—Palingues,» dijeron ellas. En esto llegaron al castillo é vieron la puerta cerrada. Galaor llamó, é viniendo un hombre armado sobre la puerta, dijo: «¿Qué quereis?—Entrar allá, dijo Galaor.—Esta puerta, dijo el otro, no es sino para salir los que acá están.—Pues ¿por dónde entraré? dijo él.—Yo os lo mostraré, dijo el otro; mas yo he miedo que trabajaré en vano, é no osaréis entrar.—Si me ayude Dios, dijo Galaor, ya querría ser allá dentro.—Agora lo verémos, dijo él, si vuestro esfuerzo es tal como el deseo; descendid del caballo, y llegadvos á pié á aquella torre.» Galaor dió el caballo á las doncellas é púsose donde le dijeron, é no tardó mucho que vieron al caballero é otro mas grande en somo de la torre, bien armado, é comenzaron á desenvolver una devanadera y echaron desuso un cesto grande atado en unas recias cuerdas, é dijeron: «Caballero, si acá quereis entrar, este es el camino.—Si yo en el cesto entrare, dijo Galaor, ¿ponerme heis allá suso en salvo?—Sí, verdaderamente,» dijeron ellos, mas despues no os aseguramos.» Entonces entró en el cesto é dijo: «Pues tirad; que en vuestra palabra me aseguro.» Ellos comenzaron á soltar, é las doncellas, que lo miraban, dijeron: «Ay buen caballero! Dios te guarde de traicion; que cierto hay en el tu razon grande esfuerzo.» Así tira-

ron los caballeros á Galaor de encima de la torre, é siendo suño, salió muy ligero del cesto, y metióse con ellos en la torre; ellos le dijeron: «Caballero, conviene que jureis de ayudar al señor deste castillo contra los que demandaren la muerte de Antebon, ó no saliréis de aquí.—¿Es alguno de vos el que lo mató? dijo Galaor.—¿Por qué lo preguntais? dijeron ellos.—Porque querría facerle conocer la gran traicion que en ello fizó.—¿Cómo sois tan loco? dijeron los caballeros; ¿estáis en nuestro poder é amenazádesle? Pues agora comparéis vuestra locura.» E poniendo mano á sus espaldas, fueron para él muy airadamente, é Galaor metió mano á su espada é diéronse grandes golpes por cima de los yelmos y escudos; que los dos caballeros eran valientes, é Galaor, que se via en aventura, punaba por los llegar á la muerte. Las doncellas que abajo eran oían las heridas que se daban, y decian: «Ay Dios! ¿qué puede ser del buen caballero, que ya se combate?» E la una dijo: «No nos partamos de aquí fasta ver la cima deste fecho.» Galaor se combatía tan bravamente, que en mucho espanto ponía á los caballeros, y dejóse correr al uno é dióle un golpe de toda su fuerza por cima del yelmo, que la espada llegó á la cabeza y entró bien por ella dos dedos, é tirándola contra sí, dió con él de hinojos en tierra. Otrosí comenzóle á cargar de tan duros golpes, que por heridas que el otro le diese, nunca lo dejó fasta que lo mató, é tornó luego sobre el otro; é como se vió con él solo, quiso fuir, mas alcanzólo, é trabándolo por el brocal del escudo, lo tiró tan recio contra sí, que lo derribó ante sus piés; é dióle tales golpes de la espada, que no hobo menester maestro.

Esto así fecho, puso la espada en la vaina y echó los caballeros de la torre, diciendo á las doncellas que mirasen si alguno de aquellos era Palingues. Ellas dijeron: «Señor, estos están mal parados para los conocer; pero bien creemos que ninguno lo es.» Entonces Galaor se bajó por el escalera de la torre, y entrando en un palacio, vió una doncella hermosa que estaba diciendo: «Palingues, ¿por qué fuyes si eres tan esforzado que á mi padre matases en batalla, como tú lo dices? Atiende este caballero que viene.» Galaor miró adelante é vió un caballero muy armado de todas armas, que quería abrir una puerta de otra torre é no podía, é por las palabras de la doncella hermosa conoció ser aquel el que él buscaba, é hobo placer é dijo: «Palingues, no te cale que huyas ni que tomes esfuerzo, que aunque le tomes no escaparás en ninguna parte.» Entonces fué para él, y el otro, que mas no pudo, tornó asimesmo á lo herir, y dióle un gran golpe por cima del brocal del escudo, que entró la espada por él una mano; así que, no la podía sacar, é Galaor lo hirió en descubiertó en el brazo derecho, que le cortó la manga de la loriga, y el brazo cabe el codo, y gelo echó en tierra; é Palingues, que así se vió, quiso huir á una cámara, é cayó á la puerta atravesado. Galaor lo tomó por la pierna é trájolo rastrando, é quitóle el yelmo de la cabeza é hiriólo con su espada, diciendo: «Toma esto por la traicion que hiciste en matar á Antebon.» Y fendióle fasta los dientes; otrosí metió la espada en la vaina. E la doncella hermosa, que aquellas palabras oyera, vino contra él é dijo: «Ay buen caballero! Dios te haga vivir en hon-

ra, que vengaste á mi padre é la fuerza que á mí se hizo.» Galaor la tomó por la mano é dijo: «Cierito, amiga hermosa, bien debía haber vergüenza quien á tan hermoso parecer ficiese pesar; que si Dios me ayude, mucho mas valeis para ser servida que enojada.» Otrosí dijo: «Amiga, señora, ¿hay algunos en el castillo de que me tema?—Señor, dijo ella, no quedan aquí sino gente de servicio, é todos serán en la vuestra merced.—Pues vamos, dijo él, á hacer entrar dos doncellas de vuestra madre, que por su mandado me guiaron aquí.» Entonces la tomó por la mano, y llegando á la puerta del castillo, la abrieron, é allí fallaron las doncellas que atendian, é la una le traía el caballo, é hicieronlas entrar, é cuando descabalgaron abrazaron á su señora con gran placer, y preguntáronle si era vengada la muerte de su padre. «Sí, dijo ella, á Dios merced é á este buen caballero que la vengó, lo que otro ninguno no pudiera hacer.» E luego se fueron juntas adonde Galaor estaba, que ya se quitara el escudo y el yelmo, é viéronle tan niño é tan hermoso, que mucho fueron maravilladas; é la doncella á quien él acorrió se pagó del mucho mas que de ninguno otro que jamás viera, é fuélo abrazar, diciendo: «Amigo, señor, yo vos debo mas amar que á otra persona alguna, y de grado querría saber, si vos pluguiere, quién sois.—Soy natural, dijo él, de donde era vuestro padre.—Pues decidme vuestro nombre.—A mi llaman don Galaor, dijo él.—A Dios merced, dijo ella, que de tal caballero fué vengado mi padre, que vos mentaba muchas veces, é á otro buen caballero, vuestro hermano, que se llama Amadís, é decia que sois hijos del rey de Gaula, cuyo vñsallo él fué.» A esta sazón andaban las doncellas por el castillo buscando con las otras mujeres para les dar de comer, y estaban don Galaor é la doncella, que Brandueta habia nombre, solos hablando en lo que oís; é como ella era muy hermosa y él codicioso de semejante vianda, antes que la comida viniese ni la mesa fuese puesta, descompusieron ellos ambos una cama que en el palacio era, donde estaban haciendo dueña aquella que de antes no lo era, satisfaciendo á sus deseos, que en tan pequeño espacio de tiempo, mirándose el uno al otro la su floreciente y hermosa juventud, muy grandes se habian fecho.

Las mesas puestas é todo aderezado, salieron Galaor é la doncella al corral, y debajo de un árbol que allí estaba les dieron de comer, é Brandueta le contó allí cómo Palingues, con miedo suyo y de su hermano Amadís, ponía tan gran guarda en aquel castillo; pensando que, pues Antebon, su padre, era su natural, que á ellos ante que á otros ningunos era dada la venganza de su muerte. Despues que allí holgaron en mucho placer, é porque Brandueta se congojaba por salir del castillo é ir á ver á su madre, Galaor, teniéndolo por bien, acordaron de se ir luego, aunque ya era tarde, é luego cabalgaron en sus palafrenes, y metidos al camino, llegaron á casa de la dueña, su madre, á dos horas andadas de la noche; la cual ya por una de las doncellas que adelante fuera, sabia ya todo lo que pasara; é así ella como toda la otra gente, hombres é mujeres, los aguardaban en el corral, donde Antebon muerto yacia, haciendo grandes alegrías porque tan LC.

complida é honradamente fuera su muerte vengada; é Galaor descendió en los brazos de la señora, diciendo: «Señor caballero, este castillo es vuestro; é todos harémos lo que vos mandádes.» Entonces lo hizo desarmar, y lleváronlo á una rica cámara, donde habia un lecho de hermosos paños, é allí albergó aquella noche mucho á su placer, porque Brandueta, considerando que dejándolo solo no era complida la gran honra que él merecia, cuando vió el tiempo aparejado se fué para él, é á las veces durmiendo é otras hablando é holgando, estovieron de consuno hasta cerca del día, que ella á su cámara se tornó.

CAPITULO XXVI.

Cómo recuenta lo que le acaesció á Amadís yendo en recuesta de la doncella que el caballero maltratada llevaba.

Amadís, que iba tras el caballero que á la doncella por fuerza llevaba, é la iba hiriendo, anduvo mucho por lo alcanzar; é antes que lo alcanzase encontróse con otro caballero armado en su caballo, que le dijo: «¿Qué cuita habeis tan grande, que con tanta priesa vos hace venir?—¿A vos qué os va, dijo Amadís, que yo vaya ahina mi paso?—Si huis ante alguno, ampararos he yo.—No he agora menester vuestra defensa,» dijo Amadís. El caballero le tomó por el freno é dijo: «Conviene que me lo digais; si no, sois en la batalla.—Mas me place deso, dijo Amadís, porque mas tardaré de os lo decir que de me quitar de vos por esa via; que, segun vuestra desmesura, no os podría decir tanto, que mas no quisiédes saber.» El caballero se tiró afuera é vino para él al mas ir de su caballo, é Amadís á él, y el caballero le encontró reciamente en el escudo, que la lanza fué en piezas, é Amadís lo hirió tan duramente, que lo derribó en tierra, y el caballo sobre él, y el caballero se hirió tan mal en la una pierna, que apenas se pudo levantar; pasando por él, fué adelante por su camino, y este fué el caballero que soltó el caballo á don Galaor. É Amadís se aquejó tanto de andar, que alcanzó el caballero que la doncella llevaba, é dijo: «Gran pieza há que fuistes desmesurado, é agora os ruego que no lo seais.—Y ¿qué desmesura hago yo? dijo el caballero.—La mayor que podiades, dijo Amadís; que llevais la doncella forzada, y demás la ferides.—Parece, dijo el caballero, que me quereis castigar.—No vos castigo, dijo él, mas dígoos lo que es vuestra pro.—Entiendo que lo seria mas vuestra en vos tornar por do venistes.» Amadís hobo saña, et fué para el escudero é dijole: «Dejad la doncella; si no, muerto sois.» El escudero, con miedo, púsola en el suelo; el caballero dijo: «Don caballero, gran locura tomastes.—Agora lo verémos,» dijo Amadís; é bajando las lanzas, se firieron de tal guisa, que fueron quebradas, y el caballero fué en tierra, é tanto que cayó levantóse ahina, é Amadís fué á él por lo ferir con los pechos del caballo, y el otro le dijo: «Estad, Señor; que por ser yo desmesurado no lo seais vos; é habed de mí merced.—Pues jurad, dijo Amadís, que á dueña ni á doncella no forzaréis contra su voluntad en ninguna cosa.—Muy de grado,» dijo el caballero. Amadís, que llegó á él para tomar la jura, y el otro, que la espada tenía en la mano, hirióle con